

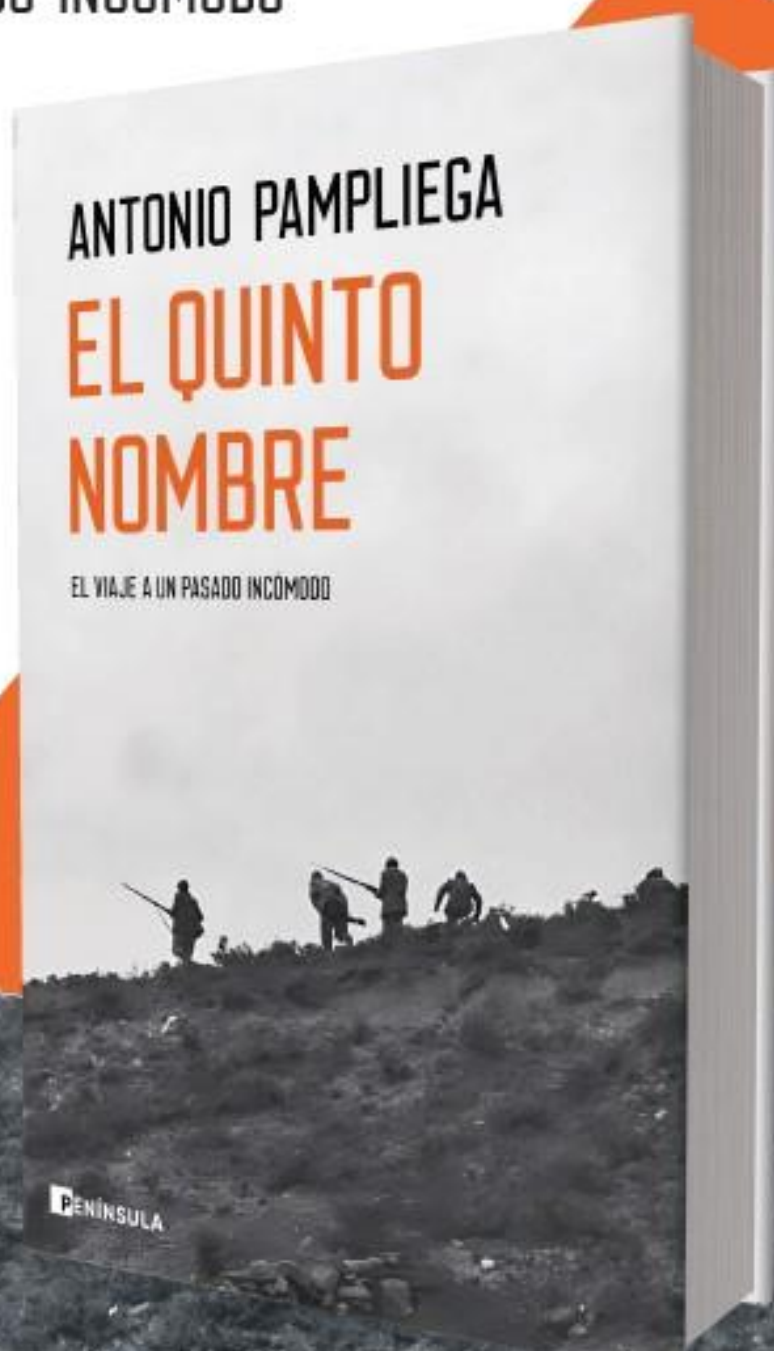
PENÍNSULA

ANTONIO PAMPLIEGA

EL QUINTO NOMBRE

EL VIAJE A UN PASADO INCÓMODO

A LA VENTA EL
20 DE SEPTIEMBRE



DATOS TÉCNICOS

FECHA DE PUBLICACIÓN
20 DE SEPTIEMBRE DE 2023

PÁGINAS | 288
PVP | 19,90 €
ISBN | 978-84-1100-200-4
COLECCIÓN | PENÍNSULA

+ PARA AMPLIAR INFORMACIÓN,
CONTACTAR CON:

SALVADOR PULIDO
GABINETE COLABORADOR
682 69 63 61 /
SALVADOR@SALVADORPULIDO.COM

LAURA FABREGAT FARRAN
RESPONSABLE DE COMUNICACIÓN
ÁREA DE ENSAYO
682 69 63 61 / LFABREGAT@PLANETA.ES





SINOPSIS



EL AUTOR DEL 'BEST SELLER' EN LA OSCURIDAD NOS ADENTRA EN LOS MISTERIOS Y SECRETOS DE UN CRIMEN DURANTE LA GUERRA CIVIL, UN CRIMEN CON SU MISMO APELLIDO.

Durante los primeros meses de la guerra civil española, cuando los ánimos estaban más caldeados que nunca entre la juventud revolucionaria, Tomás Martínez Negro, padre de familia y sacristán, fue asesinado a sangre fría a manos de cinco de sus vecinos en Mejorada del Campo. En los documentos pertenecientes a un juicio sumarísimo de las tropas franquistas se atestiguaba la condena de cuatro de sus verdugos, pero el quinto figuraba como huido: era Eladio Pampliega.

En este emotivo testimonio, el periodista Antonio Pampliega emprende un viaje por su propia historia familiar para descubrir la verdad sobre el asesinato de Tomás Martínez Negro. Un relato conmovedor que narra la historia de muchos de los asesinados de la Guerra Civil y que aspira a descubrir la verdad por incómoda que sea.

«La de Eladio Pampliega es una de las muchas historias que pueblan la España que no ha olvidado la guerra. Pero además es la mía. Y al desvelarla sé que voy a aprender mucho más que una nueva historia sobre mi familia. Voy a aprender algo más sobre mí mismo.»

EL QUINTO NOMBRE

ALGUNOS EXTRACTOS DE LA OBRA

EL ASESINATO DE TOMÁS MARTÍNEZ NEGRO

«**Tomás Martínez Negro iba a morir.** Sus días estaban contados y él, mejor que nadie, lo sabía. **Era solo cuestión de tiempo que los miembros del Comité Revolucionario de Mejorada del Campo se presentasen en su casa de madrugada para invitarlo, por las buenas o por las malas —eso ya dependía solo de él—, a acompañarlos en lo que se conocía, popularmente, como el paseo.** En la cabeza de este profesor de música y antiguo sacristán de la iglesia parroquial solo había una incógnita a despejar: ¿cuándo iban a asesinarlo?»

«Incluso en aquellos instantes, los que iban a ser los últimos de su vida, **el porqué de aquel odio visceral era algo que el profesor de música, que iba sentado en el asiento trasero del coche del Comité Revolucionario de Mejorada del Campo camino de una checa situada en Madrid, se seguía preguntando.** No entendía, por más que trataba de encontrar una respuesta coherente a lo absurdo de aquella situación, qué demonios había hecho para merecer aquel final.»

«Llevaba varios años viviendo en aquel pueblo, al que se había mudado desde Mota del Marqués, Valladolid —su localidad natal—, para enseñar música en el colegio de la pedanía madrileña que nunca había oído ni siquiera mencionar. **Jamás, debido a su carácter pacífico y bonachón, había tenido el más mínimo encontronazo con ninguno de sus vecinos.** Al contrario: las puertas de su casa siempre estaban abiertas para los hijos de sus vecinos, en su mayoría labradores, quienes se sentaban alrededor de su mesa para aprender a leer y a escribir. Tomás Martínez Negro, a pesar de la insistencia de los padres de aquellos chiquillos,

siempre se negó a aceptar dinero por aquellas clases particulares. Había tratado de integrarse en la vida de aquel pueblo que no llegaba a los 1.200 habitantes, pero estaba claro que no lo había conseguido. El chófer paró el motor. Una de las puertas se abrió y el hombre que tenía a su izquierda bajó del vehículo. **Tomás Martínez Negro sintió como el cañón de una pistola se le clavaba a la altura de las costillas.** Abrió los ojos. Miró a su derecha. El Coleta, todavía sentado a su lado, levantó el mentón invitándole a abandonar el coche por la puerta que permanecía abierta.»

«Se dio la vuelta. **Miró al cañón del arma que le apuntaba directamente al corazón, a un palmo de distancia. A solo unos pasos, cuatro miembros del Comité Revolucionario de Mejorada del Campo contemplaban la escena en absoluto silencio, mientras el quinto sostenía el arma de fuego.** Unos metros atrás, unos milicianos, que viajaban en el segundo coche que debía trasladarlo a la checa de Madrid que ahora sabía a ciencia cierta que nunca llegaría a pisar, también guardaban silencio. Esperaban el fatal desenlace para regresar al pueblo. El hombre que sostenía el arma echó el seguro hacia atrás y apretó el gatillo. **Tomás Martínez Negro cayó muerto.**»

CÓMO NACIÓ ESTA HISTORIA

«**Me llevó muchísimo tiempo decidirme a escribir *El quinto nombre*.** La historia que están a punto de leer pasó dos años metida en un cajón, bajo llave, hasta que me decidí a sacarla a la luz. Sabía de su potencial, porque era evidente, pero tardó bastante tiempo en prender en mí esa chispa necesaria que toda buena historia debe tener para seducir a un escritor y hacerle caer rendido a sus pies.»

«Y, en muchos casos, **choqué con una realidad que me desconcertó: el odio irracional contra *el otro*.** La izquierda contra la derecha, y viceversa. Las dos Españas. En ese preciso instante me di cuenta de una realidad dolorosa: todas las guerras se libran dos veces. La primera, en las trincheras del campo de batalla, y la segunda en los recuerdos. **La primera vez que oí hablar de Tomás Martínez Negro fue en marzo de 2018.** Ildelfonso González, buen amigo, me envió un correo electrónico un tanto críptico y atípico, que leí con curiosidad y, por qué negarlo, con sorpresa, por los hechos que en él relataba, desconocidos para mí hasta ese momento. [...]Al parecer, según había podido descubrir, **un tal Eladio Pampliega, vecino de Mejorada del Campo, había sido acusado, junto con otros cuatro mejoreños, de haber participado en el asesinato de Tomás Martínez Negro, el sacristán del pueblo,**

en octubre del 36, meses después del inicio de la guerra civil. “Al ver ‘Mejorada’ y ‘Pampliega’ me acordé inmediatamente de ti”.»

«“Verdad. Justicia. Reparación” fue todo lo que me dijo [Pepe Osorio] antes de entregarme un sobre que contenía un listado con 50 nombres. Los miembros del Comité Revolucionario de Mejorada del Campo. Instintivamente busqué uno: Gregorio Pampliega Carrasco. Moro. Mi abuelo. Y, justo debajo, Eladio Pampliega. Me senté delante del portátil. Releí el correo que un año antes me había mandado Ildefonso González. Por fin tenía algo para ir tirando del hilo. **Así comenzó a escribirse este libro, *El quinto nombre*.**»

NOBLES Y CLÉRIGOS, ENEMIGOS DE LA REPÚBLICA

«La marquesa de Hinojares, semanas antes, había abandonado Mejorada del Campo para refugiarse en Biarritz, ciudad situada en el suroeste de Francia. Aquella acertada decisión le acabó salvando la vida. Doña Rosario se marchó por miedo. **De haberse quedado habría sido violada y asesinada por los mismos mozos que asaltaron su finca.**»

«El retablo del altar mayor tampoco resistió a los destrozos. Ahora quedaba lo más sagrado: la imagen de la Virgen que presidía el templo. **Mejorada fue siempre un pueblo muy de izquierdas, pero la Virgen era sagrada.** Muchos solo acudían a la iglesia cuando tocaba sacar a hombros a la Virgen. **Francisco Fuertes Santui, martillo en mano, con paso decidido se acercó a la imagen y comenzó a golpearla con todas sus fuerzas, hasta decapitarla por completo.** Se escribía así un epílogo siniestro en una iglesia que había sido construida en 1667 y que había resistido a los saqueos de la Guerra de Sucesión (1710) y a la Guerra de la Independencia contra los franceses (1808).»

«**Justo le explicó a don Patricio que la gente del pueblo lo estaba buscando para asesinarlo. Las facciones del párroco se tensaron.** Su mano se aferró con fuerza, nuevamente, al revolver. Basanta colocó la suya sobre la de don Patricio, impidiendo que la pudiese levantar. Continuó hablando. Le reiteró que nadie le iba a poner una sola mano encima. Que saldría del pueblo caminando por su propio pie y con un salvoconducto debajo del brazo, para que pudiese llegar a Madrid sano y salvo. Y allí podría esconderse. [...] **El cura no era consciente de que Justo Basanta, al que despreciaba profundamente por su ideología política y su ateísmo confeso, le estaba salvando la vida.** [...] Justo Basanta se

acercó a él. Era un salvoconducto, con el que podría llegar a Madrid sin mayores problemas. Él, como presidente del Comité Revolucionario de Mejorada del Campo, respondía por el jornalero Patricio Rodríguez, natural de dicha localidad. **Aquella carta era un seguro de vida, y su billete para poder llegar, sano y salvo, a la embajada de Chile, donde tenía intención de refugiarse durante el resto de la guerra.»**

LAS PENURIAS SUFRIDAS POR LA FAMILIA DE TOMÁS

«Mientras los culpables paseaban libremente por el pueblo, orgullosos de sus fechorías y jactándose de lo que habían hecho, **María Cruz y María, la hija mayor del matrimonio, seguían viviendo en el pueblo, atemorizadas y prácticamente escondidas en su casa.** Salían a la calle lo mínimo, por temor a encontrarse de frente con los asesinos de Tomás. Huían de las miradas reprobadoras de las vecinas, que las hacían sentirse culpables por haber traído la desgracia al pueblo. Semanas después del asesinato del sacristán recibieron una visita un tanto incómoda. **Ambas, madre e hija, acabaron con las cabezas rapadas al cero, y, tras varias amenazas de muerte, se dio el asunto por zanjado.»**

«Tras la muerte de Tomás, la mujer se había visto obligada a ir vendiendo, poco a poco, **los objetos de valor que tenía en la casa para comprar comida,** hasta que ya no quedó absolutamente nada más que vender. Se vio en la necesidad de deshacerse, incluso, de los instrumentos musicales de su difunto marido para comprar pan, mantequilla y carne. ¿Para qué los quería seguir conservando? No tenía sentido. Nadie más los volvería a tocar nunca. Con sentimentalismos no se llega a ningún lado, y menos si se tiene hambre, pero **aún se resistía a vender su alianza de boda y la de su marido. Era lo único que seguía conservando de él.** Ya podía estar muriéndose de hambre que, por sus tres hijos, no lo iba a empeñar bajo ningún concepto. [...]María Cruz, con todo lo devota y beata que era, **llegó a plantearse, sabedora de la atracción que sentían algunos hombres del pueblo por ella, ofrecer su cuerpo para sacarse algunas perras con las que poder comprar comida.»**

LOS COMITÉS REVOLUCIONARIOS

«En cada ciudad y en cada pueblo de la España republicana, miles de jóvenes corrieron a sumarse a los Comités Revolucionarios. El de Mejorada del Campo contaba con poco más

de medio centenar de mujeres y hombres, jóvenes y veteranos. Socialistas, comunistas, anarquistas, sindicalistas, de la UGT o de la CNT. Daba igual, no se hacían distinciones. Había una causa común, derrotar al fascismo. El resto eran dimes y diretes que no tenían cabida en los primeros compases de la guerra que estaba por librarse.»

«**El comité estaba encabezado por los tres hermanos Basanta Roper, caudillos del pueblo. [...]Cerraban la lista de miembros del comité dos nombres: que a la fuerza me eran familiares.** El primero, el que me llevó a escribir este libro. **Eladio Pampliega**, el quinto nombre de esa famosa acta de implicados en el asesinato de Tomás Martínez Negro, y, por último, **Gregorio Pampliega Carrasco, mi abuelo, Moro.**»

«En realidad, **los que tenían armas vivían la gran vida.** Montaban sus fiestas en la entrada del pueblo. Cogían corderos, o lo que se les antojaba, sin pedir permiso. Y sin pagar, obviamente. **En Mejorada aquello llegó a tal extremo que algunos vecinos tuvieron que esconder sus objetos de valor** —hasta una gramola— **porque los milicianos lo iban requisando todo.**»

«Las milicias populares, en su mayoría afines al PSOE y al PCE, se habían hecho definitivamente con el control de Guadalajara el 22 de julio, dos días antes. Y aquel 24 de julio **tres monjas carmelitas descalzas** —Marciana Valtierra Tordesillas (31 años), Jacoba Martínez García (58 años) y Eusebia García y García (25 años)— **trataron de huir de su convento, pero fueron reconocidas por un grupo de milicianos que acabaron con la vida de las tres.**»

GREGORIO PAMPLIEGA, “MORO”

«**“El abuelo nunca hablaba de la de guerra civil... No le gustaba”.** Miré de reojo a mi padre, Gregorio Pampliega Pampliega, quien hablaba en voz alta sin apartar los ojos de la carretera A-1, que nos conducía a la Sierra de Madrid. “No quería... Una vez, por ejemplo, **me contó que en el frente dormían sentados, espalda con espalda, para poder darse calor por las noches. Y todas las mañanas, al despertar, alguno de sus compañeros había muerto por culpa del frío**”. Le dejé hablar mientras tomaba notas en mi cuaderno. El silencio, lo sé por experiencia propia, suele ser una herramienta fundamental para ir descubriendo una historia. **“No comía absolutamente nada. Alguna cáscara de patata... Por eso no le gustaba hablar de la guerra.** Recordar aquellos años le removía por dentro”.»

«**Mi abuelo, durante cuatro años, estuvo destinado en la 26ª Brigada Mixta**, donde llegó a alcanzar el rango de cabo. “**Nunca le pregunté si disparó o si mató**. Me daba no sé qué... Me lo puedo imaginar. **Siempre me decía que él disparaba para el frente, sin apuntar**. Disparaba como disparaban todos, y los de enfrente [el bando nacional], lo mismo. ¡Cualquiera se negaba a hacerlo!”, seguía recordando en un arranque de nostalgia.»

«Gregorio Pampliega cayó de espaldas contra los sacos terreros que hacían de parapeto e impedían que las balas nacionales mandasen al otro barrio a algún republicano que pasase por allí en ese momento. **¿La guerra había terminado? Habían perdido. ¡Habían perdido la guerra! Y se había enterado por la radio**. ¡Malditos todos los mandos republicanos! ¡Cobardes! Ni cuajo habían tenido para quedarse e informar a la tropa. Habían hecho mutis por el foro antes de que la noticia fuese oficial. Lo sabían. ¡Claro que lo sabían! Y aun así los habían abandonado a su suerte en aquella sierra perdida de la mano de Dios y con los nacionales acechándolos a menos de 50 metros...»

«**Moro, Vitorio y tres hombres más emprendieron el regreso a sus hogares. Ninguno de ellos tenía la más mínima intención de saltar el parapeto con los brazos en alto para entregarse, como habían hecho otros compañeros del batallón**. No esperaban cuartel por parte de los nacionales, y mucho menos si al otro lado había falangistas. [...]

Caminaban siempre de noche porque de día se escondían donde podían para evitar que los encontrasen los falangistas, que recorrían los caminos a bordo de camiones militares con la caja trasera descubierta, donde viajaban seis o siete hombres de pie y con los fusiles en ristre, listos para abrir fuego. Buscaban combatientes republicanos en retirada. **Gritaban a voz en cuello o con potentes megáfonos: “Entregaos, que la España nacional os perdona a todos”**. [...]

Gregorio convenció finalmente a su paisano, quien seguía albergando sus dudas sobre lo de seguir escondidos, pero no lo logró con los otros tres hombres que los acompañaban y con los que había partido de Buitrago diez días antes. **Ellos se levantaron y brazos en alto comenzaron a caminar hacia los camiones de los falangistas. “Nos rendimos! ¡Arriba España!”**, empezaron a gritar para congraciarse con los nacionales. **Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, los acribillaron a tiros, dejándolos muertos en la cuneta de la carretera**. Los falangistas empezaron a ir en la dirección de la que venían aquellos hombres, por si había alguien más escondido por allí cerca. **Después, se volvieron a subir a los camiones y reemprendieron la marcha en busca de más rojos.**»

LOS GUIRIS DE LA GUERRA

«Aquellos guiris de la guerra —entre los que estaban **Hemingway, John Dos Passos, Robert Capa o Gerda Taro**— eran la atracción de la mayoría de los soldados, que, aburridos y desanimados, convertían cada visita en una algarabía.»

«**La guerra civil fue un escaparate ideal para todos los periodistas y escritores del mundo que buscaban fama, fortuna y gloria. De la Torriente Brau fue uno de ellos.** Desembarcó en España como corresponsal de la revista norteamericana *New Masses* y del periódico mexicano *El Machete*, perteneciente al órgano del Partido Comunista mexicano. **Después de un fugaz paso por Barcelona se centró en Madrid, donde cubrió, con entusiastas —y partidistas— crónicas y reportajes, los bombardeos fascistas sobre la capital.** “No han vacilado ante el bombardeo e incendio de Madrid durante la noche, para rehuir el combate con nuestra aviación, mucho más valerosa y efectiva que la suya. Y han cañoneado ya lo mejor de Madrid. Hay barrios enteros poco menos que inservibles. [...] **Han matado... más mujeres, viejos y niños que combatientes**”. [...] Finalmente, **sus ideales comunistas pudieron más que su faceta como periodista, y el 11 de noviembre de 1936 fue nombrado comisario de guerra y miembro del Estado Mayor del 109º batallón de la 7ª División.** Al respecto, escribió en una carta: “Mi cargo de Comisario de Guerra con El Campesino, acaso sea un error desde el punto de vista periodístico, puesto que tengo que permanecer alejado de Madrid más tiempo del que debiera, pero... comprenderás que en estos momentos había que abandonar toda posición que no fuera la más estrictamente revolucionaria de acuerdo a las angustias y necesidades del momento”.»

MIGUEL HERNANDEZ EN MEJORADA DEL CAMPO

«Días antes, el 2 de diciembre, Torriente, acompañado por dos oficiales y por un jovencísimo **Miguel Hernández** —“**Un muchacho considerado como uno de los mejores poetas españoles, que estaba en el cuerpo de Zapadores**”—, llegó a Mejorada del Campo, donde había pactado con el Comité Revolucionario local la celebración de un mitin que tenía como finalidad seguir sumando adeptos a la República y **llevarse algunos hombres a los frentes de combate que, en ese momento,** estaban latentes en el norte de Madrid. Era la tercera vez que el cubano visitaba el pueblo.»

«Junto al escritor y periodista cubano estaba Miguel Hernández, siempre leal a su buen amigo, a quien había conocido semanas antes, el 25 de noviembre, en Alcalá de Henares. **“Pablo me ofreció hacerme comisario y le habló en ese sentido a Valentín González *el Campesino*, que le quería entrañablemente...”**, recordó el poeta oriolano tiempo después de aquel encuentro. Por aquel entonces, Hernández acababa de publicar —en enero de 1936— su poemario *El rayo que no cesa*, lo que había supuesto su consagración poética. Se encontraba bajo las órdenes de Valentín González. Torriente y Hernández, **ambos intelectuales, no tardaron en congeniar, fraguando una fuerte amistad que Hernández plasmó en un poema tras la muerte del latinoamericano.**»

LOS NACIONALES RESPONDEN

«**El bando Nacional también incitó a la violencia.** El domingo 19 de julio, Emilio Mola se había dirigido a un grupo de alcaldes de la provincia de Pamplona en los siguientes términos, como recogió Félix Maíz, su hombre de confianza y ayudante civil: **“Hay que sembrar el terror. [...] Hay que dar la sensación de dominio eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todos los que no piensen como nosotros.** Nada de cobardías. Si vacilamos un momento y no procedemos con la máxima energía, no ganaremos la partida. **Todo aquel que ampare u oculte a un sujeto comunista o del Frente Popular será pasado por las armas.”**»

LOS ESTRAGOS DE LA GUERRA

«**El hambre, junto con los bombardeos nacionales, era una de las pocas constantes en la guerra civil.** Familias venidas de todos los rincones de la ciudad de Madrid acababan en la pequeña tienda de ultramarinos propiedad de Joaquín Barral intercambiando sus joyas por algo de comida. Traían, incluso, sus cuberterías de plata; cualquier cosa de valor era aceptada como moneda de cambio. **La gente venía desesperada y hambrienta.**»

«Pero el hambre no solo angustiaba a los que venían de fuera. Entre los mejoreños también comenzaba a hacer estragos. **Gregorio Gutiérrez Daganzo tenía seis años recién cumplidos** (nació el 21 de enero de 1931), pero **ya sabía lo que era desmayarse por culpa del hambre.** Al chiquillo las tripas lo castigaban día sí y día también. “En casa solo comíamos

maíz. Yo tenía muchísima hambre. **Así que iba a casa del señor Caledonio y robaba la comida que echaba a sus perros.** Aquel hombre les ponía las sobras que él y su familia ya no iban a usar... y yo se las quitaba a los animales. **Cuando acabó la guerra, ese hombre denunció a mi padre por rojo...».**

LAS REPRESALIAS DE LOS VENCEDORES

«**Moro estuvo preso en la cárcel de Carabanchel al finalizar el conflicto.** Tu abuela lo visitaba cada dos o tres días para llevarle comida. Cuando iba, la guardia mora la obligaba — como al resto de mujeres— a colocarse en la acera donde más pegaba el sol y le prohibían sentarse. **A aquellas que no obedecían les pegaban culatazos con los rifles. Eso, sin contar los insultos que recibían por el mero hecho de ser las mujeres, novias o madres de los presos republicanos.** En algunas ocasiones, me contó mi madre, los propios soldados encargados del penal se quedaban la comida... Pero mi madre jamás le dijo nada a mi padre. Porque si este se enteraba la prohibiría ir a verle”, sentenció guardando silencio. **Francisco Franco, el 13 de febrero de 1939, antes de ganar la guerra, promulgó una Ley de Responsabilidades con efectos retroactivos, donde “se consideraba delincuentes a todos los seguidores de la República desde el primero de octubre de 1934”.** Y, sin lugar a duda, los sospechosos eran tratados como delincuentes, o incluso peor. Las palizas se sucedían día y noche, en cárceles o en los cuartelillos de la Guardia Civil. **Aquella ley dio rienda suelta al sadismo de los vencedores sobre los vencidos.»**

«**Los españoles pasaron de matarse en los frentes de combate a denunciarse, sin ningún tipo de remordimiento, en los cuartelillos de la Guardia Civil o en los centros de recepción de denuncias.** Raro era el pueblo de España donde el odio, la codicia o, simplemente, la sed de venganza no moviese a alguien a denunciar a su convecino ante la Guardia Civil, el jefe local de Falange o, incluso, ante los párrocos, quienes desde sus púlpitos clamaban “la vigilancia constante ante las obras y las pompas de Satanás”. Además, **las autoridades exhortaban el deber patriótico de denunciar a los rojos.** En muchos lugares de esta Nueva España, en los centros de recepción de denuncias se formaban interminables colas de ciudadanos.»

RESOLUCIÓN DEL *TRUE CRIME*: QUÉ FUE DEL QUINTO ASESINO DE TOMÁS

LAS PRUEBAS DEL DELITO

«Los miembros del comité de este pueblo llamados **Anastasio Castell, Justo Basanta, Eladio Pampliega, Florencio Alarcón, Victoriano Basanta y Teodoro Tragacete, procedieron a la detención de su convecino Tomás Martínez Negro**, sacristán de la localidad al que sacaron de la Iglesia donde se hallaba detenido llevándolo en un automóvil con dirección desconocida, **el cual apareció muerto en el término municipal de San Fernando, y que los citados Anastasio le dio un tiro y Eladio el tiro de gracia**».»

«Hasta ese momento, tenía claro que **todas las pruebas que había reunido apuntaban a los cinco de Mejorada como autores del asesinato de Tomás Martínez Negro**. Julio Carrontino Serrano declaró que “Tomás fue asesinado por dos individuos de su pueblo, uno de ellos del hijo del alcalde de su pueblo”. Ese alcalde, al que menciona fue Carlos Castell Galiano, regidor de Mejorada en dos periodos (1890-1895 y 1905-1909) y abuelo de Anastasio Castell. Y: sobre el segundo pistolero no cabe ninguna duda: “Un tal Eladio Pampliega fue el que le dio el tiro de gracia en la Yesería de Cuenca”, declaró el 5 de abril del 39 Ramón Fernández Navia.»

QUIÉN DELATÓ A LOS ASESINOS

María Cruz Bermejo, la viuda

«María Cruz, nerviosa, sujetaba fuertemente el asa de su bolso mientras miraba a la mecanógrafa teclear a toda velocidad las respuestas que ella iba facilitando, preguntada por el juez: **“Fue detenido por el comité de Mejorada en su casa el 4 de octubre de 1936, donde en un coche que fue a Madrid se lo llevaron a fusilarlo”**. Sintió un pellizco cuando tuvo que relatar los acontecimientos que vivió aquella fatídica madrugada. No pudo contener las lágrimas parando de tanto en cuanto en su relato. **“El presidente del citado comité dijo a la declarante después de llevárselo en el coche que se iba para no volver más”**.»

«A su lado, tanto Nicolás Gallego como Lázaro Martínez se revolvieron en sus sillas cuando **María Cruz señaló directamente a Justo Basanta como cabecilla y máximo responsable**

de haberse llevado a su marido. Sabían que aquello era prácticamente una condena a muerte.»

Dionisio Barral

«"Por cierto, **¿cómo supo la Guardia Civil quiénes estaban detrás del asesinato del sacristán?**", preguntó mi padre, que seguía cuestionando todas mis teorías en relación a los presuntos culpables. **"Los delató Dionisio Barral", afirmé con rotundidad.** Se hizo el silencio entre los dos. Mi padre me miró con severidad. "Esa acusación es muy grave. Lo sabes, ¿verdad? No puedes ir por ahí afirmando que fulanito fue denunciando a sus convecinos una vez acabada la guerra". [...]Durante todas o casi todas las conversaciones que mantuve para tejer este libro, **los entrevistados respondieron sin ningún género de dudas que fue Dionisio Barral quien los denunció.**»

«El cabo de la Guardia Civil miraba con curiosidad a Dionisio Barral, quien le rehuía la mirada. De puro nerviosismo, Dionisio trataba de arrancarse un padrastro del pulgar de la mano derecha. Era la primera vez que el cabo le veía por el cuartelillo. Aunque no hacía falta saber a qué había venido: no era el primero que se acercaba para denunciar a sus convecinos. El uniformado introdujo un folio en la máquina de escribir y carraspeó impaciente. No tenía todo el día. Barral tomó aire, tratando de llenarse de valor, y, sin que le temblase la voz, **comenzó a dar los nombres y los apellidos de todos los miembros del Comité Revolucionario de Mejorada del Campo y de aquellos que se habían marchado al frente a defender la República. Denunció a más de 30 personas que acabarían arrestadas, e incluso alguna de ellas condenada a muerte por luchar a favor de la República.**»

«Barral una vez perdido el miedo y la vergüenza, continuó narrando al cabo de la Guardia Civil lo ocurrido en Mejorada del Campo durante la guerra. Obviamente, **no dudó en contar que varios miembros del Comité Revolucionario, ayudados por unos desconocidos, dieron muerte, como si se tratase de un perro, a Tomás Martínez Negro, sacristán y director de la banda de música de la localidad.** Dionisio Barral dio el nombre y apellidos de los máximos responsables de aquel asesinato: Anastasio Castell, Justo Basanta, Victoriano Basanta, Florencio Alarcón Adán, Marcelino Adán Huerta, Santiago Cebolla y Eladio Pampliega. **La intención de Dionisio era que a los hermanos Basanta y a Castell los fusilasen en medio de la plaza del pueblo, sin juicio previo ni gaitas.**»

«El cabo miraba anonadado a aquel hombre, que había recuperado el aplomo perdido cuando se presentó en el cuartelillo. Le tuvo que explicar que las cosas no funcionaban así. Ellos no

podían fusilar a nadie, y menos en la plaza del pueblo. **Al parecer, durante buena parte de la guerra, los hermanos Basanta y Castell le habían estado mandando cartas de amor a su mujer, Luisa Esquivias, y Dionisio Barral, en un ataque de celos, quería vengarse de ellos.** Habían convertido a Luisa en su particular madrina de guerra con la que se carteaban con regularidad.»

AJUSTICIAMIENTO DE LOS BASANTA Y CASTELL

«Los reos, custodiados por los falangistas, llegaron a la playa de los alemanes, donde un pelotón de soldados, con el mosquetón reglamentario al hombro y el uniforme de gala del ejército, apuraban sus cigarrillos y los miraban con ansia. **Un capitán y un sargento, acompañados por don Manuel Cervantes, el cura de prisiones, ordenaron formar a los hombres. Frente a ellos, los nueve presos republicanos.** Antes de abrir fuego, el cura, don Manuel, se acercó hasta ellos para impartir bendiciones y exigirles confesión. Alguno, en el último momento, abrazó la fe. **Una vez don Manuel se hubo retirado, la descarga de fusilería hizo que los cuerpos cayesen al suelo como peleles. Los hermanos Basanta murieron abrazados.**

Don Manuel, a quien todos en Alcalá conocían como Cervantitos, porque era tan pequeño como un comino, **se acercó a los cuerpos con una pistola y les dio el tiro de gracia en sien.»**

«Tras enterrar los cuerpos, **el juez comarcal**, Lucas del Campo López **fue el encargado de redactar y firmar las actas de defunción:** “*A consecuencia de shock traumático por heridas de armas de fuego según resulta del informe facultativo. [...] El cadáver habrá de recibir sepultura en el cementerio de esta ciudad*”, puede leerse en las actas de Justo Basanta, Anastasio Castell y Victoriano Basanta. **Los cuerpos de los tres hombres fueron exhumados —y trasladados al cementerio de Mejorada del Campo— en los años 70.»**

“MELLA”, EL HOMBRE QUE DESVELÓ EL PARADERO DE ELADIO

«Antonio Sánchez Pampliega —Mella, como se le conocía en el pueblo— tenía siete años (4 de abril de 1929) cuando comenzó la guerra civil. **“He conocido el hambre y la guerra”**, afirmó de manera taxativa haciendo una pequeña pausa dramática para continuar hablando.»

«**Tu padre me contó que estabas escribiendo un libro sobre eso, ¿no? ¿Querías saber qué fue de él, ¿verdad?**». Afirmé con la cabeza, sin llegar a responder. Y Antonio prosiguió: **“Después de la guerra —y tras los fusilamientos de los Basanta y de Castell, y la condena a cadena perpetua a Santiago Cebolla— mi tío huyó de Mejorada y se escondió en Madrid. Nadie sabía dónde estaba. Durante meses, la Guardia Civil interrogó a mi madre preguntándole por él. ¡Pero mi madre jamás delató a su hermano! ¡Nunca! Y te puedo asegurar que en el cuartelillo la amenazaron, pero nunca habló... Pasaron meses, y la cosa pareció tranquilizarse. Mi madre comenzó a ir a Madrid con regularidad, y eso levantó suspicacias. ¿Por qué iba Juana tanto a Madrid? ¿Qué asunto se traía entre manos? La gente del pueblo, que la conocía bastante bien, comenzó a sospechar y a atar cabos. Alguien debió alertar a los civiles, y uno de ellos la siguió hasta el barrio de Usera, en Madrid. Allí se escondía mi tío desde que terminó la guerra, trabajando los huertos como agricultor. Y una noche, sin que él sospechase absolutamente nada, la Guardia Civil preparó un operativo y acabó deteniéndolo”.**»

«Eladio tenía mujer —Tomasa— y dos hijos —Pepe y Yayo, que en el momento de la detención vivían con nosotros en Mejorada—. **Desde la cárcel nos escribía cartas explicándonos de cómo le torturaban —le ponían palillos debajo de las uñas—, cómo le pegaban...** Y finalmente le acabaron condenando a muerte por el asesinato del sacristán. En ese momento, Tomasa movió cielo y tierra para conseguir el indulto. Y lo obtuvo. **Salvador Alonso, el mismo que salvó a Santiago Cebolla de ser fusilado, firmó un escrito para evitar que Eladio acabase ante un pelotón de fusilamiento.** Pero, a cambió, pasó muchísimos años en la cárcel”.

«**“Estuvo preso en la Cárcel Modelo de Madrid, conocida como cárcel celular. Recuerdo que los presos estaban a un lado de la alambrada y los familiares estábamos al otro lado. Teníamos que hablar a gritos, pero ni nos oíamos ni nos entendíamos. En esas visitas le llevábamos comida para que no muriese de hambre en la cárcel”,** siguió relatando Mella. **“Después de haber cumplido su condena, regresó a Mejorada.** Se juntaba con sus antiguos camaradas, tocaba la guitarra y cantaba... En unas fiestas quiso salir a torear una vaquilla, pero la gente de derechas se lo impidió. **Él les reprochaba que lo siguiesen tratando como a un delincuente cuando había pagado su deuda.** Eso les gritaba, enseñándoles los papeles donde figuraba que había estado preso en la cárcel... **Al final, acabó abriendo una frutería en el barrio de Legazpi y dejó de venir a Mejorada”.**»

UN VIAJE A LAS RAÍCES

«*El quinto nombre*—más allá de ser un *true crime*— no habla de vencedores ni vencidos, ni tampoco busca revanchismo, ni hurgar en heridas que aún continúan supurando — aunque se nos llene la boca sobre nuestra modélica Transición—, ni mucho menos es un ensayo de historia de la guerra española, ni otra novelita sobre la guerra civil... **Este libro ha sido un viaje hacia mis raíces, una reconciliación con mi padre y con mi abuelo** —y puede que hasta conmigo mismo—. Ahora me siento más unido a ellos. Su historia, a la fuerza, es mi historia. Soy quien soy gracias a ellos. No todos los días se tiene la oportunidad de bucear en los recuerdos —por muy dolorosos que sean— de un asesinato, de un apellido, de un pueblo, de una guerra... **Miro a Ariana, mi hija, e irremediamente no dejo de repetirme que si mi abuelo, en aquella huida desesperada desde Buitrago, hubiese seguido a sus tres camaradas, ella no estaría hoy aquí conmigo.** Ni ella, ni yo, ni mi padre... **Esa decisión nos cambió la vida a todos.**»



PENÍNSULA

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

SALVADOR PULIDO

GABINETE COLABORADOR

682 69 63 61 | SALVADOR@SALVADORPULIDO.COM

-

LAURA FABREGAT FARRAN

RESPONSABLE DE COMUNICACIÓN ÁREA DE ENSAYO

682 69 63 61 | LFABREGAT@PLANETA.ES